SILUETAS

SALVADOR SEGUI

Dibujo de Monteserín.

por SALVADOR QUEMADES

Precio: 25 cénts.

SILUETAS

REVISTA POLÍTICA, LITERARIA

• • Y DE ACTUALIDAD • •

PUBLICACIÓN DECENAL — DIRECTOR: FERNANDO PINTADO

AÑO I. NÚM. 3. | Dirección: Roma, 27, Madrid. | JUNIO 1923

SALVADOR SEGUI

por

SALVADOR QUEMADES

El terrorismo

Las bandas terroristas que actúan en Barcelona no van, como generalmente se cree, ni a la defensa de las organizaciones que aparentemente representan ni en contra de las que parecen defender ideas opuestas. Este propósito podía atribuirse a los que cometieron los primeros atentados y formaron los primeros grupos clandestinos iniciadores de la acción violenta: Bravo Portillo y el titulado barón de Koening tenían la misión de destruir por medio del terror los formidables sindicatos obreros que se crearan después del 18; los atentados contra hombres significados por su influencia en los medios patronales y por su inquebrantable intransigencia en los pleitos que se suscitaban entre el capitalismo y los trabajadores, también tenían por fin, esto es indudable, el limpiar de obstáculos el camino de las reivindicaciones sociales que el proletariado consideraba inmediatas e imprescindibles. Esta acción, fuera de toda ley, opuesta al concepto menos estrecho de la ética más acomodaticia, tenía, aparte el salvajismo, la grandeza que le imprimía su significado: era la guerra a muerte entre dos tendencias sociales que se disputan la dirección de la vida colectiva.

Un poco el fracaso de la burguesía, demostrado en la demasiado pronto olvidada guerra europea, y otro poco el espejismo que la revolución rusa produjo en este pueblo sediento de libertad y hambriento de justicia, hicieron creer a los humildes que había llegado el momento de su emancipación; pero ante la enérgica resistencia que oponía el obstáculo que creían poder derribar, desmayó el entusiasmo y se quebrantó la acción de conjunto, desconfiando ya, perdida la seguridad de triunfo, en cualquier camino que antes se reputaba como bueno. En este punto surgió la obra individual, la preponderancia de los pequeños grupos, que, aunque alejados de los organismos directivos de las Sociedades obreras, ejercían de hecho una tutela sobre la clase trabajadora.

Este primitivo terrorismo, aunque censurable en la manera de desarrollarse, ya que todo acto violento merece condena, estaba inspirado en un anhelo político perfectamente admisible.

Los medios que opusieron las clases patronales al avance de la violencia obrera no fueron, en verdad, los más adecuados para desacreditarla.

Bravo Portillo y Koening, encargados de secundar los planes de la burguesía, consiguieron, contra lo que aparentemente se proponían, producir reacciones favorables a la doctrina de la fuerza, que hacían acallar las voces de protesta que contra ella se alzaban en los mismos sectores en que ejercía su influjo.

La equivocación de los poderes constituídos fué el confiar la cura del cuerpo social a una terapéutica brutal, reprobable y necesariamente contraproducente: el terrorismo contra el terrorismo.

El Poder, que tenía medios en los Códigos para hacer respetar el mínimo de derechos debidos al individuo, saltó por encima de la

ley e hizo bueno el procedimiento que pretendía combatir. Y para eso necesitó crear un estado excepcional en el que se dieran por legales, o cuando menos por leales, todas las extralimitaciones que creyese tendían a favorecer su causa.

Tras esta decisión tan criminalmente impolítica, está la actuación funesta de las bandas libres, que han traído consigo el establecimiento de un terrorismo endémico, extraviado en sus fines, que ya no se ejerce en nombre o en oposición a una idea, sino impulsado por la fuerza adquirida y como liquidación de deudas de sangre o como preventivo a una probable agresión del adversario.

El propósito, pues, de ese terrorismo, aunque algunas veces se equivoque al actuar sobre una persona, es el de eliminar cada contricante el mayor número posible de enemigos. Con él no tienen ya nada que ver las masas obreras ni las masas patronales.

Pero aún así, resulta tan corrosiva la acción terrorista, que ha ido desgastando poco a poco el crédito de cuantas instituciones se han hallado envueltas en él, despojándolas de sus más preciados principios y de sus mejores y más nobles armas de lucha.

Al sindicalismo le ha quitado la autoridad que le daban sus postulados libertarios y la fuerza que recibía de aquellas asambleas en que cada cual podía exponer sin temor el criterio que le mereciera un hecho concreto de la vida pública o un punto de doctrina; a la burguesía la ha deshonrado al lanzarla a la inmoralidad de los «lock-out» y de los pactos del hambre; a los partidos políticos los ha desacreditado, haciéndoles poner de manifiesto su impotencia, y al Poder le ha hecho pasar por el trance de negar aquello que le sirve de base al utilizar como arma de defensa lo que estaba fuera de la ley.

Ya rebasada por todos la línea que separa la fiera pero noble intransigencia del ataque brutal, se ha podido llegar a la comisión de crímenes tan repugnantes como el que costó la vida a Salvador Seguí.

El asesinato no podía favorecer a nadie

¿Podía pensar alguien que Seguí fuese un elemento al que había que eliminar para preservarse de un atentado? No. Bien notoria era la actitud que Seguí había adoptado frente al terrorismo. Las bandas podían temerle como enemigo, pero no como enemigo de cuien se espera un ataque a mano armada. o era, pues, para ellas, una cuestión perentoria la que podía inducirles a ejecutar la acción criminal.

Seguí, de un temperamento esencialmente político, no creía que para acabar con el terrorismo era condición precisa el exterminio de quienes le hubieran ejercido, sino que bastaba para ello con fortalecer un poco el espíritu público, prestándole el calor suficiente para que saliese de la postración en que se hallaba.

Acallar los deseos de venganza, contener el desbordamiento de los odios, aprovechar los hechos luctuosos que se habían sucedido como una lección dolorosa; tal era su pensamiento.

La entraña del mal, para él, estaba en la ferocidad de las derechas, en el desprecio que los partidos reaccionarios y las clases capitalistas de Cataluña habían sentido siempre por el pueblo. Y a arruinar la preponderancia política que tenían estaba consagrando todo su esfuerzo.

Esta obra no debe parecer baladí a los más exigentes revolucionarios. Seguí, que había asistido al desarrollo de las fuerzas obreras en Cataluña, que le había impulsado con el calor de su verbo y el entusiasmo de su fe, sabía por experiencia la inutilidad de un esfuerzo fuera de tiempo; presentía el fracaso de cualquier movimiento revolucionario que iniciara la organización obrera sin haber creado antes un núcleo de militantes capaces de afrontar y solucionar los problemas que la vida había de plantearles. De ahí que considerase útil para el desarrollo de las ideas libertarias la preponderancia de las izquierdas burguesas sobre los partidos reaccionarios: necesitaba un espacio de tiempo.

A pesar de esa desconfianza, y de ese escrúpulo, y de ese celo que le hacían desear y procurar la elevación de las organizaciones obreras por la cultura y por la atracción de elementos cuyo concurso les es absolutamente preciso, hombre de un optimismo sano, de un respeto y una admiración sin límites para la humanidad, creyente del progreso y persuadido del aceleramiento de la evolución, veía la proximidad de un cambio de orientación en la política del mundo a base del esfuerzo proletario. Así creía en la revolución.

Las fuerzas obreras conservaban para él el resto de energía suficiente para ennoblecer a la humanidad con el sacrificio que realizaran en pro de la justicia. Lo que hoy parece una negación absoluta de los postulados de la libertad—el mismo terrorismo, por ejemplo—lo consideraba base de una obra sólida, porque descubría en ello una fuente de energía cuyo caudal se había desviado, pero sin más impulso que el de su propia fuerza y sin más

cauce que el de su deseo, llegaría a tranformarse en el motor que llevará al mundo hacia el concepto libertario de la vida.

Seguí no era comprendido en eso ni por sus amigos ni por sus enemigos. Se le tenía por un hombre conservador dentro de las agrupaciones de extrema izquierda. Pero Seguí era el verdadero tipo del revolucionario consciente. Sin prisas y sin desmayos, cada día daba un paso hacia adelante. Si no hubiera encontrado obstáculos en su propio campo, opuestos por quienes pensaban saber caminar con más rapidez que él, es posible que la clase obrera ejerciese en este país una influencia decisiva.

La muerte de Seguí significa para las organizaciones obreras una pérdida irreparable. Si puede haber en ellas hombres de su inteligencia, no los hay de su prestigio y autoridad. Aunque siempre tuvo enfrente a una minoría que le hizo la guerra enconada que se hace a quien se considera francamente enemigo, la gran masa y la mayoría de los militantes le habían concedido el crédito que por su historia y raro talento merecía.

Pero si para las organizaciones obreras significa una pérdida irreparable, no por ello la muerte de Seguí favorece a las clases patronales, porque puede decirse que en él quedaba vinculada casi toda la fuerza ideal del sindicalismo y en él estaba depositada la posibilidad de una acción articulada que fuera transformando a la sociedad en la medida en que lo permitieran sus condiciones económicas y la evolución que en ella hubieran operado las ideas nuevas.

La opinión de Seguí sobre algunos problemas nacionales

En vez de hacer una silueta de Seguí, que nos resultaría imperfecta y pretenciosa, creemos mucho más interesante dar a conocer la opinión que tenía respecto de algunos problemas de actualidad y acerca de fuerzas políticas que actúan en España. Las sacamos de unas notas que poseemos, de su puño y letra, destinadas a servir de base a una campaña de prensa.

Cataluña, la Lliga y Marruecos

La Lliga, he ahí el verdadero enemigo. Mientras la Lliga ejerza influencia en Cataluña, no habrá un momento de reposo para la clase obrera, ni para el Estado, ni para la nación. En el caso de Marruecos quiere repetir la maniobra que tantos triunfos le ha dado. Recordad el año 1909 y veréis cómo fomentaba la protesta contra la guerra de Marruecos para luego excitar al Gobierno a que se ensañara innoblemente sobre los que la llevaron a cabo; recordad el 17 y comprenderéis hasta dónde llega en su felonía cuando el 21 se entrega a su natural enemigo a condición de que satisfaga sus deseos de exterminio de una clase. ¿Cómo nos explicaremos, pues, la actitud de Cambó, supremo pontífice de la Lliga en 1922? ¿Cómo podremos explicarnos esa oposición a la campaña de Marruecos, luego de haberla impulsado desde el ministerio de Hacienda, con la concesión, sin la más mínima protesta, de créditos que España no podía soportar? De una sola manera: considerándola un estimulante de la revuelta, para lanzar al pueblo a una aventura inoportuna, de la que habría de salir quebrantada su fe y disminuída su potencialidad. El enemigo es la Lliga, no os quepa la menor duda. Vencida, podrá pensarse en la realización de algo serio. Mientras su influencia invada todas las esferas, nunca podremos estar seguros de nuestras pequeñas conquistas y nuestra propia seguridad personal estará en peligro.

La crisis del pensamiento liberal

En el mundo se está operando una profunda revisión de valores. Los hechos nuevos y las fuerzas nuevas han arruinado muchas cosas que parecían eternas y han destruído las categorías establecidas. Sin embargo, lo viejo subsiste aún porque lo nuevo no ha tomado cuerpo, no ha adquirido bastante fuerza para regentar gallardamente las conciencias. De ahí la perplejidad existente en el terreno de la política positiva y en el de la especulativa. En todas las grandes conmociones de la Historia el espíritu del hombre ha pasado por el mismo trance. Ha tenido una visión clara de las cosas de un porvenir lejano, pero no ha sabido qué resolución tomar acerca de los problemas inmediatos. Este momento de estupor lo aprovechan admirablemente las fuerzas regresivas para oponerse a las nuevas modalidades de la conciencia y para intentar consolidar las viejas instituciones que se derrumban ya sin que para ello haya remedio.

El espíritu combativo que muestran las derechas en esta hora, para ellas infeliz, contrasta con la falta de audacia en las escuelas liberales, que se han tornado tímidas y no sa-

ben si deben o no tomar parte en la batalla que tienen entablada las ideas nuevas y el moribundo concepto del orden establecido. Nosotros, optimistas, pensamos en una pronta reacción del espíritu liberal, rejuvenecido con el concepto de la justicia distributiva y con el reconocimiento del hombre como primer factor de progreso. Esperamos que llegue un día, no lejano, en que la riqueza de los pueblos se mida por el grado de libertad que disfruten sus habitantes.

La anulación de los valores espirituales de Cataluña

La Lliga, saturada y enormemente influenciada por la inmoral «realpolitik», importada de Alemania, ha corrompido la moral colectiva de Cataluña y ha desviado al genio de la raza, impidiendo que cumpliera su más alta misión histórica—realizar la Confederación Ibérica—al apartarle de la civilización grecolatina, mejor mediterránea, que fué la que le dió forma y espíritu.

Ese crimen, judaico en su esencia, debe ser imputado principalmente a Cambó, el genio malo de la política catalana primero, y de la española después.

La intentona de germanizar Cataluña había de fracasar necesariamente, pero no sin dejar antes en el cuerpo social la suficiente dosis de veneno para enturbiar la clara corriente por donde se deslizaban nuestros esfuerzos. Por eso existe la necesidad imperiosa de volver los ojos a las gestas locales, principalmente a aquellas de las que pueden considerarse tipo perfecto las famosas Cortes de Aragón.

La inteligencia, la hidalguía, los valores humanos, han de hallarse por encima de esa cosa artificiosa que se llama crédito, y siendo muy respetable una fábrica, la hemos de poner siempre al servicio de la escuela, y no ésta al servicio de aquélla.

Querer hacer al hombre esclavo de las cosas es el propósito de la Lliga. Cataluña rica y los catalanes esclavos es, en la práctica, la divisa que defiende; pero a eso nosotros opondremos nuestro concepto más humano y más en armonía con los tiempos, que considera falso todo progreso que no sirva para ascender a la humanidad un grado en su afán de dignificación.

La Lliga, que ha conseguido por un momento anular los valores espirituales de Cataluña, tiene forzosamente que quebrar, porque su empresa es una empresa de muerte.

El sindicalismo como garantía de organización económica

Gentes más atrevidas que respetables por su ciencia y saber, han afirmado, muy ligeramente por cierto, que el sindicalismo no hará la revolución, y que de hacerla sería caótica y negativa. Nosotros podríamos contentarnos con afirmar lo contrario, y habríamos dado una contestación adecuada; pero preferimos intentar la demostración de nuestra tesis optimista.

Los núcleos profesionales, desde los más modestos a los más superiores, son la única garantía existente de orden económico. Esto no ya en plena vida comunista, sino aun dentro del mismo sistema capitalista.

No creemos que al núcleo profesional se le quiera oponer la Sociedad anónima, tal como hoy se halla constituída, que es la invención más inmoral del capitalismo, ya que crea y fomenta una casta de parásitos que vive al amparo del cupón. Tampoco pensamos que al concepto sindical de la producción pueda oponérsele el del patrón-Estado, que sustituye la nube de consejeros y accionistas por un ejército de burócratas que a la postre habrían de constituir la nueva casta de tiranos.

Respecto a los núcleos sindicales, imperfectos, es verdad, lo que hay que hacer es vigorizarlos capacitándoles colectiva y profesionalmente, porque es indudable que los grupos productores, manuales e intelectuales, no sólo pueden ser la base de toda ordenación económica, sino también el punto de partida de la elevación moral de la humanidad.

Cualquier sistema ideado sin tener en cuenta los grupos productores, sin considerarles como factor principal de vida, llevará en su entraña dos inmoralidades. Una económica al obligar al trabajo a que se emplee en parte en tareas improductivas; otra moral, al establecer categorías mantenidas por la desigualdad económica.

La independencia del espíritu y su elevación no podrán conseguirse mientras exista un asomo de tiranía, y a evitar que puede subsistir tenemos el deber de consagrar todos nuestros esfuerzos. El sindicalismo, que está todavía en el principio de su constitución, es un excelente vehículo para llevar a la humanidad a puerto seguro. ¿Que no es una solución final? En eso hemos de convenir todos; pero por ello acepta, al par que la cooperación de los intelectuales, el concepto político del comunismo libertario, cosas ambas que han de impedirle caer en un estrecho profesionalismo.

De todo ello se desprende, y nosotros no vacilamos en afirmarlo, que el sindicalismo, sin la pretensión de ser una idea inmutable, constituye la posibilidad mayor de libertad y la más grande garantía del triunfo de la revolución.

No podemos estar con Moscú

La libertad, que tan despectivamente considerase Lenin, creemos que es el atributo más alto del hombre. Mejor dicho, creemos que es el elemento más profundo de superación y de eternización de su vida. La libertad, que se forja en el yunque del dolor y del deseo y en la sed inextinguible de infinito, es la llama que alimenta al mundo de la inteligencia y del espíritu. Sin libertad concebimos el rebaño, pero no el hombre con sus atributos y dignidades.

La frase de Lenin nos explica la catástrofe moral, mayor aún que la económica, que padece actualmente Rusia.

La represión y la orgía de sangre podrán haber alimentado bajos instintos de venganza, pero no han solucionado nada.

Moscú es el fracaso de una revolución pero no el fracaso de la revolución tal como nosotros la concebimos. Como Moscú no está con la libertad, nosotros no podemos estar con Moscú.

* * *

Recientes estas notas, la Prensa hizo pública una invitación de Lozowski a Seguí, para que éste se trasladara a Rusia. Creímos, en un principio, que dicha invitación era un documento apócrifo publicado con el fin de conseguir determinados fines políticos. Personas bien enteradas y que nos merecen entero crédito nos aseguran que no es así, que la invitación de Lozowski no fué ni siquiera espontánea, sino a solicitud del propio Seguí.

No dudamos de ello; pero expuesto como queda el criterio que a nuestro amigo merecían los hechos y los hombres de Rusia, no pensamos que su deseo de conocer por sí el desarrollo del régimen de los soviets pueda ser interpretado por nadie como una brusca rectificación.

Seguí, hombre curioso y apasionado por los problemas sociales, se halla en su papel procurando trasladarse a Rusia para ver cuánto hay de verdad y cuánto de apasionamiento en los informes contradictorlos que de allí se tienen; pero eso, a nosotros nos conviene hacerlo constar, no significa que pensara convertirse al comunismo y aceptar la tutela de Moscú. Era Seguí tan noblemente orgulloso, que jamás habría aceptado tal humillación.

La Confederación Nacional del Trabajo de España volverá a ser lo que fué.

La Confederación Nacional pasa por una crisis aguda, que se prolonga más de lo que era de esperar, porque la ha sorprendido antes de su madurez.

El sindicalismo, que tenía inmenso arraigo entre los trabajadores de España, no tuvo organizaciones articuladas hasta después del Congreso Regional de Cataluña de 1918; pero entonces consiguió aumentar su volumen en una proporción tal, que inspiró verdadero pánico a la burguesía y al régimen

Las represiones continuadas y cada vez más duras se sucedían, con el fin de destruír a los Sindicatos. Estos, en su resistencia, atacaban también. Y así se forjó lo que hoy representa el sindicalismo.

Es una posición crítica; pero es una posición a la que se ha llegado contra la voluntad de quienes la mantienen.

La crisis del sindicalismo durará aún bastante tiempo. Las lesiones que se sufren en una pelea tan dura como la que ha sostenido, no se curan con facilidad ni con prontitud; pero el sindicalismo será lo que fué, porque a pesar de todas las contingencias, se conserva en un número suficiente de militantes el deseo de tornar a apoyarse en las bases morales que fueron su credo y su crédito.

La Confederación Nacional del Trabajo, que representa un anhelo liberal y que respeta el sano individualismo de los hombres, puede recoger las aspiraciones de los trabajadores manuales e intelectuales y ser la base de la ruina de este régimen de injusticia.

Un poco el nerviosismo, la impaciencia de los que sufren demasiado el desconcierto que produjera en el mundo el fracaso de la burguesía y otro poco la incomprensión de los de arriba, alejan el momento en que el sindicalimo, representado por la Confederación, se ha de saludar como la única esperanza del porvenir; pero sin impaciencias, el organismo sindical volverá a ser lo que fué en un principio respecto a las ideas, y sin perder nada de su volumen conservará toda la eficacia de su credo.

Es decir, la Confederación ha de llegar a un punto en que su fuerza se multiplique, porque al proletariado industrial procurará unir el de los campos, cosa que todavía no ha realizado a causa de las circunstancias que le han opuesto el obstáculo iusuperable de una guerra a muerte con la burguesía y con los Poderes.

* * *

Esas notas inéditas de Seguí, que no difieren de las ideas que siempre defendiera, nos dan la medida de la preocupación honda que sentía por los problemas de la política en general, y particularmente los que afectaban a la clase obrera.

Campea en ellas un humanismo profundo, que era la característica más saliente de nuestro amigo. Respetuoso con el hombre, por el que sentía un fervor fanático, ha tenido que sucumbir, por ironía del destino, a manos de una cuadrilla de asesinos.

El crimen execrable se cometió precisamente en el momento en que dedicaba todas sus energías a procurar para Barcelona horas de paz. ¿Quién podrá sustituirle en esa tarea? Nadie. Los mismos asesinos habrán de arrepentirse de haberle dado muerte. Y si los asesinos no obraron por impulso propio, quienes les lanzaran al crimen le habrán de llorar amargamente.

La venganza de Seguí está en su desaparición. Nadie como él, ya que a esto había consagrado últimamente toda su voluntad, podía llevar al pueblo a fines elevados, desbrozando el camino a seguir y evitando los desgarrones a que está actualmente expuesto el cuerpo social.

Su claro talento y su autoridad habrían hallado seguramente el medio de terminar con un terrorismo para cuya extinción han tenido que declararse impotentes todas las fuerzas sociales y políticas y todos los Poderes.

Aun es pronto para que se llore, con el desespero que habrá de hacerse, la desaparición de Salvador Seguí.

* * *

Una cosa hemos de hacer resaltar: la enemiga de Seguí por la Lliga Regionalista. Nosotros la compartíamos. La Lliga, con su concepto utilitario de las cosas y las ideas, es el peor enemigo del sindicalismo. Eso no quiere decir que la Lliga sienta cariño por alguna otra fuerza. Con cualquiera que se alie, lo hará para debilitarla o para anularla, si puede.

Si un día le conviene pactar con el sindicalismo para hacer presión sobre el Estado con el fin de conseguir algo que pretendiera y no se le quisiera dar de grado, pactaría también; pero luego de conseguido su propósito dejaría desamparado al sindicalismo y aun ayudaría a su aniquilamiento.

Los sindicatos, y este es el pensamiento íntimo que había manifestado siempre Seguí, deben procurar que se comprenda fuera de Cataluña, pero de una manera indudable, que la Lliga ni representa al espíritu ni al pueblo catalán.

El peor enemigo es la Lliga. Eso dijo Seguí. No hay que olvidar nunca tales palabras. Y hay que interpretarlas en el sentido de que la Lliga no sólo es el peor enemigo para el sindicalismo, sino aun para aquellas fuerzas con las que parece estar circunstancialmente de acuerdo.

No queremos alargar demasiado estos comentarios para no desvirtuar con ellos las notas que nos dejara el amigo querido. Bien claras y explícitas son para que no se escape a nadie su valor y su significado.

Teniéndolas en cuenta rendiremos un merecido homenaje a quien de todos era amigo, padre y hermano; tal era su grandeza de alma.

SALVADOR QUEMADES

DATOS BIOGRAFICOS

Salvador Seguí Rubinat, nación en Lérida; pero fué educado en Barcelona, en cuyo espíritu se formó el alma del que debiera ser luego tan recio luchador.

Siendo todavía un mozalbete ya figuraba entre los jóvenes de vanguardia. A la llegada de Lerroux a Barcelona, con motivo de su campaña acerca del proceso de Montjuich, Seguí y el actual jefe del partido radical entablaron estrecha amistad, hasta que naturalmente, discrepancias fundamentales les separaron.

Entonces Seguí fué atacado desde *El Progreso*. Seguí fué a pedir que rectificaran, y como no hallase en la redacción Lerroux, ni tuviera la seguridad de ser complacido en sus pretensiones, hizo publicar unas cuartillas atacando a Lerroux e Iglesias, que vieron la luz al mismo tiempo que salía la rectificación en *El Progreso*, pero en vista de ello, los radicales volvieron a atacar a Seguí de una manera despiadada.

Celebraron éstos por aquel entonces un mitin en el teatro Condal:

Entró en el teatro, abarrotado de público, adentróse en el escenario y le dijo al actual regidor Sr. Santamaría, que presidía, que deseaba hacer uso de la palabra.

—¿Para qué?—le preguntó el Sr. Santamaría.

—Vengo a defenderme de las infamias que sobre mí habéis vertido. Quiero hablar claro de todo esto.

El Sr. Santamaría le hizo ver la imposibilidad de hablar, alegando la alteración de orden que se produciría, y Salvador Seguí se retiró del escenario diciendo que si él no podía hablar en aquel acto, él organizaría otros para atacar.

Salió del escenario y se colocó al fondo del teatro, al lado izquierdo, apoyado en una columna, escuchando los discursos de los oradores

En ésto se le acercó un hombree menudo, pequeño, de estatura ínfima, quien, empinándose sobre la punta de los pies le arreó una bofetada enorme.

Y siempre que contaba esta anécdota, Salvador Seguí decía:

—Esa es la única bofetada que me han pegado

en mi vida. La única. Fué una bofetada como una montaña.

Salvador Seguí le dió un puntapié en el bajo vientre y el abofeteador cayó estirado en el suelo.

La gente cercana al lugar de este suceso, creyendo de momento que había caido muerto, se arremolinó alrededor de Salvador Seguí, levantando las sillas y empezando a silletazos.

Seguí agachóse y pudo escapar del rollo, mientras los radicales continuaban dándose silletazos unos contra otros.

Salvador Seguí, a buen paso, pero sin correr, se dirigía a la puerta...

En esto se oyó un disparo y la algarabía que se armó fué enorme.

Salvador Seguí, que iba con Alejo, volvió la cabeza a ver qué pasaba, en el preciso momento en que un muchacho alto, pálido, le iba a acometer por la espalda para darle una cuchillada.

Al verse sorprendido el agresor detúvose y retrocedió, dándole tiempo a Seguí para coger la puerta.

Fué detenido entonces y procesado... siendo absuelto cuando se comprobó su inocencia manifiesta.

Salvador Seguí, recordó siempre este hecho porque le quedaron cuatro o cinco señales en el cuerpo para *in aeternum*, de la colisión habida.

Salvador Seguí, en aquella época de luchas violentas, como las de ahora, pudo salvar varias veces su vida gracias a su gran sangre fría.

En el antebrazo izquierdo tenía una marca de cinco centímetros de largo de una cuchillada que pudo detener levantando el brazo y esquivando cuando iba directa al corazón.

En 1909 tomó parte en la protesta de la ciudad contra la guerra de Marruecos y dedicóse en los años siguientes a la propaganda societaria, haciendo propaganda por toda Cataluña y asistiendo en diciembre de 1911 a una Asamblea de fuerzas proletarias que se celebró en Marsella.

En la campaña del doctor Queraltó, Seguí púsose al lado de Queraltó y le defendió de los ataques de que le hicieron objeto las clases de Barcelona, y en el verano de 1919, invitado por las organizaciones obreras levantinas, tomó parte en algunos actos societarios que se celebraron en Valencia y en pueblos cercanos a la capital levantina.

Pocas veces estuvo procesado Salvador Seguí, porque el líder social entendía que se podían decir todas las cosas, se podían atacar todas las instituciones sin caer como un primerizo en las articulaciones leguleyescas del Código.

En enero de 1915 fué nombrado presidente del ramo de Construcción, de Barcelona, y durante su presidencia fué declarada la huelga general de dicho ramo, que duró del 15 al 20 de agosto y que ganó la organización obrera.

Asistió los días 13, 14 y 15 de mayo de 1916 a la Asamblea general de trabajadores celebrada en Valencia y en la que desenvolvió sus actividades ocupando diversos turnos en la discusión y siendo admirado por su clarividencia y seguridad en las polémicas.

En julio de 1916 fué detenido junto con los socialistas Francisco Largo Caballero, Vicente Barrio, Julián Besteiro, Urrea, Negre y otros, puestos a disposición de la autoridad militar e ingresados en la Cárcel Celular.

Cuando salió de la cárcel fué nombrado, aun cuando él se negaba a aceptar el cargo, secretario general de la C. N. del T., y por negarse a seguir una táctica que una Asamblea de delegados acordó, Seguí, junto con los demás compañeros, presentó la dimisión de su cargo en marzo de 1917.

No obstante, se vió obligado a asistir como delegado de la C. N. del T., a la Asamblea nacional que se celebró el día 15 de marzo de 1917.

Seguí tomó parte activa, junto con Companys, Marcelino Domingo, Alejandro Lerroux, Pablo Iglesias y todos los elementos de izquierda en la campaña de julio y agosto de 1917.

Pasadas las campañas de la amnistía, Salvador Seguí entregóse de nuevo a las organizaciones obreras y tomando parte activísima en la dirección del Congreso de la Confederación Regional del Trabajo, celebrado en Barcelona los días 28, 29 y 30 de junio y el día 1 de julio de 1918.

El Comité de la Confederación Regional le eligió secretario general.

A dicho Congreso asistieron delegados de 73.860 obreros.

Después del Congreso citado, en donde se cimentaron las bases del Sindicato Unico, desaparecieron las centralizaciones de las Federaciones nacionales.

Repetidas veces Salvador Seguí, que se sentía fatigado del abundante trabajo a que le obligaba la dirección de las masas obreras intentó abandonar la Secretaría general, pero los ruegos de compañeros y amigos que le hacían ver la necesidad de figurar en la primera fila de la lucha por el conocimiento que tenía de los problemas y tácticas sindicales y el que no negaran que era una dirección ante los grandes acontecimientos que él veía aproximarse, le hicieron torcer su idea y seguir en el puesto para el que le nombró el Comité.

En la huelga de La Canadiense, Salvador Seguí, que ha tenido un gran amor a Barcelona, vió en peligro la salud de la ciudad, y en vista de que el proletariado se negaba a entrar al trabajo hasta que no pusieran en libertad a unos presos, se reunió en un mitin memorable, histórico, en las Arenas, en donde pronunció uno de los discursos más breves y efectivos que hemos oído. Su palabra fué tan segura y convincente que consiguió que las masas dieran su brazo a torcer, salvando así a las organizaciones obreras de una seria conmoción y a Barcelona de una guerra civil que la hubiera arruinado.

Después del movimiento represivo siguió un breve período de paz, que desapareció acto seguido.

Y volvió a surgir la figura de Salvador Seguí, siempre tan firme y segura, encabezando la representación obrera de la Comisión mixta del Trabajo, que se reunió bajo la presidencia de D. Antonio Martínez Domingo, por aquel entonces (novienbre de 1919) alcalde de la ciudad.

Todos recordamos la tirantez de relaciones entre obreros y patronos.

A una huelga general del ramo de construcción, los patronos contestaron con el «lock-out» general.

La paz de la ciudad volvió a perderse. El «paqueo» ciudadano tenía acogotado el espíritu cívico de Barcelona.

El alcalde, augusta persona que tenía un alto sentido humanista, fué escogido para que presidiera las sesiones que se celebraron en un salón municipal.

El Sr. Roig y Bergadá asesoraba a los obreros, y el Sr. Rodés a los patronos.

El Sr. Detouche dirigía la opinión patronal, y Salvador Seguí la proletaria. Y Seguí, con su diplomacia, su flexibilidad, su oportuno don de hacerse cargo de las cosas, consiguió que nuevamente se solucionara el conflicto.

Firmóse un pacto, y al día siguiente quedó incumplido por el propio Sr. Detouche, al querer hacer una selección de sus obreros.

Volvió a romperse el pacto y volvióse de nuevo a la lucha...

Por aquel entonces circuló un día el notición de que Seguí había sido víctima de un atentado.

Recortamos de un diario madrileño del 17 de noviembre de 1919 esta pequeña anécdota recogida por un periodista de fina y exquisita sensibilidad y en la que se da la sensación de la sangre fría con que Salvador Seguí ha vivido siempre:

«Decían ayer y siguen diciendo hoy que Salvador Seguí había sido agredido por un compañero suyo de causa. Un amigo nuestro nos dió la noticia de este modo:

—Acaban de atentar contra el *Noy del Sucre*. Un obrero pálido, alto, con alpargatas, le ha disparado varios tiros y uno de ellos le ha atravesado el cuello.

—Pero—le interrumpimos nosotros—, ¿eso es verdad?

—Seguro—nos ha contestado—. Le acaba de curar en la Casa de Socorro un médico íntimo mío que me lo ha dicho. Ya ves...

Efectivamente. A quien hemos visto al poco rato ha sido al propio Salvador Seguí con un pañuelo de seda al cuello y un traje y una gorra marrón.

—¿Estás vivo?—le hemos dicho.

—Ya lo veis—ha contestado sonriendo—. La gente se adelanta. Todavía no..., todavía no...

Una vez pasado aquel período, Salvador Seguí asistió al Congreso Sindicalista de Madrid y a su regreso abandonó la Secretaría general de la Confederación para dedicarse a su oficio, retirándose a trabajar el campo de Tarragona.

Pero hasta allí iban a buscarle los compañeros para que diera mitines y conferencias por los pueblos cercanos.

Y dirigiéndose en una tartana a Vendrell para tomar parte en un acto público volcóse el vehículo estando a punto de estrellarse y matarse.

En otra ocasión, yendo en un auto por una carretera, estrellóse el auto contra un árbol destrozándose y quedando Salvador Seguí debajo de él, resultando raramente ileso del accidente, a pesar de que cayeron encima de él, Piera y otros compañeros.

Pero por la huelga de Ríotinto la C. N. del T. le obligó a ir allí para estudiar la huelga y que hiciera un *rapport*.

A su regreso fué detenido, conducido a la cárcel y de allí trasladado a la Mola, a donde fué embarcado en unión de treinta y cinco sindicalistas y de Luis Companys, el día 29 de noviembre del año 1920.

Un año después, preso aún, regresó a Barcelona e ingresó en la Cárcel Modelo, de donde salió en el mes de abril del pasado año cuando fueron levantadas las garantías constitucionales.

Salió Seguí de la cárcel y pocos días después marchóse a Madrid, recorriendo toda España y tomando parte en 109 actos sociales y dejando organizado el proletariado andaluz.

En junio de 1922 tomó parte en el Congreso Sindicalista de Zaragoza y en la Asamblea de Sevilla.

Fué secretario general de la C. N. del T.; secretario general de C. R. del T. miembro de la T. L de S.

Los últimos discursos que ha pronunciado Salvador Seguí fueron el del mitin del C. A. del C. y de la I. con motivo de la huelga del Metropolitano; el mitin de vidrieros celebrado en el Cine Bohemie; la conferencia de Manresa y el último el del mitin de clausura de la Asamblea de vidrieros que lo pronunció en castellano en honor de los delegados forasteros.

El domingo, día siguiente al de su trágica muerte, había de pronunciar un discurso en el mitin de la Federación Local en el cual pensaba plantear al Gobierno liberal un problema: el de la desaparición de las brigadas policíacas sociales por entenderlas impropias del momento.

Pues si se consideraba la filiación sindicalista de los obreros como malos antecedentes dignos de figurar en las fichas antropométricas junto a las de los ladrones y facinerosos, era antiliberal e inhumano, y si de otra manera se les fichaba como elementos enemigos del régimen político preguntaría al Estado por qué no se tenía fichados a los socialistas, a los republicanos, a los tradicionalistas y a todos los que figuraban en las oposiciones gubernamentales, iniciando con este motivo una campaña social por toda España.

Y he aquí su vida a grandes rasgos. Pero téngase en cuenta que escribimos de memoria y la emoción no nos permite realizar una obra seria.

FIN

SILUETAS

ARTE - POLÍTICA - LITERATURA - ACTUALIDAD

Números publicados:

JOAQUIN COSTA
por Angel Samblancat.

INDALECIO PRIETO
por Torralva Beci.

En prensa:

ANTONIO MAURA
por Felipe Alaiz.

MENENDEZ PALLARÉS
por Fernando Blanco.

ALVARO DE ALBORNOZ
por Abraham Polanco.

ROBERTO CASTROVIDO
por Valentín de Pedro.

ANGEL PESTAÑA
por Víctor Gabirondo.

JULIO ANTONIO
por Felipe Alaiz.

MELQUIADES ALVAREZ
por José Rodríguez de la Peña.

FRANCISCO LAYRET
por Angel Samblancat.

ALEJANDRO LERROUX
por Ricardo Fuente.

ALFONSO VIDAL Y PLANAS
por Miguel Pascual.

En el próximo número publicaremos la SILUETA del Cardenal monseñor SOLDEVILA, trágicamente muerto en Zaragoza, SILUETA original del culto escritor

FELIPE ALAIZ

Próximamente

aparecerá una gran revista que se titulará

El Desnudo Artístico

cuyo director será

Demetrio Monteserín

y colaborarán los mejores pintores y dibujantes del mundo.

IMPORTANTE

Podemos servir a nuestros corresponsales, con el descuento acostumbrado, el interesante folleto de la Biblioteca Cultura Obrera

Breves apuntes sobre Religión

por

Antonio Torres

PRECIO POR EJEMPLAR

40 céntimos

PARA PEDIDOS:

ROMA, 27 MADRID

Federico Urales

El profundo escritor anarquista acaba de publicar un tomito de 68 páginas que titula

EL SINDICALISMO ESPAÑOL SU DESORIENTACION

Crítica del movimiento sindicalista.

De venta en todos los puestos de periódicos de España a **40 céntimos** ejemplar.

Para pedidos: LA MODERNA, Sociedad de publicaciones.

ROMA, 27 MADRID

La Novela Roja

que es la novela del pueblo, publica esta semana

UN NIHILISTA

Obra magistral, inédita, del gran escritor

ELIAS GARCÍA

condenado a cadena perpetua para vergüenza de esta España chipén.

20 páginas • 30 céntimos

Oficinas: Roma, 27, Madrid

NOTA. — La colección de *La Novela Roja*, o sea los 36 números publicados, no debe faltar en la biblioteca de ningún revolucionario.

Anguiano, Impresor, Bola 8, Madrid